

PRECIO EN MADRID.

(Lo mismo en la Administración que en las librerías.)

Por un mes. . . . . 4 reales.  
 Por tres id. . . . . 11 »  
 Por un año. . . . . 40 »

La suscripción empieza en 1. y 15 de cada mes.

Número suelto 4 cuartos en toda la Península.

Pago al pedir la suscripción. La correspondencia al DIRECTOR DE GIL BLAS.

Director: **LOUIS RIVERA.**



PRECIO EN PROVINCIAS.

Por tres meses en la Admon. . . 15 reales.  
 Por seis id. . . . . 28 »  
 Por un año. . . . . 50 »  
 EXTRANJERO.—Por tres meses. . . 30 »  
 ULTRAMAR.—Un año. . . . . 6 pesos.

Se publica dos veces á la semana,—juéves y domingo

Administración y Redacción, Huertas 82, pral.

Toda suscripción de provincias hecha por comisionado costará dos reales más.

Dibujante: **FRANCISCO ORTEGO.**

**Crónica.**

Después de la infabilidad del Sumo Pontífice y de los *schemas* del Concilio ecuménico, asuntos ambos en los cuales nunca puedo pensar sin que la risa me retoce por todo el cuerpo, nada hay para mí más entretenido que las transacciones de los monarcas con los revolucionarios, y las consideraciones de los revolucionarios con los monarcas.

Fresquita, acabadita de darse á luz, tenemos cerca de nosotros la insurrección de una parte del ejército en el vecino reino de Portugal; algo perezosamente llegan las noticias circunstanciadas del hecho, pero al fin llegan, y lo que de su estudio resulta préstase á muchos y muy curiosos comentarios.

«Vengo, señor (dicen que dijo al pobre rey el mariscal Saldanha), á defender la corona de V. M., y, como siempre, á recibir sus órdenes.» Y justamente en la misma carta en que aparecen reproducidas tan respetuosas frases, encontramos la noticia de que «algunas balas penetraron por la ventana en el despacho del rey y á poca distancia de la cabeza de este.»

Formas tan comedidas y atentas de ponerse á las órdenes de un príncipe, medio tan singular de defender su corona disparando balazos sobre su cabeza, y todo esto sin que Dios exterminase á los impíos que osaban poner mano profana sobre su representante en la tierra, ni aun él mismo encontrara en su indignación otro castigo que depositar toda su confianza en el jefe de los sublevados, antójase que deben ser con un poco de atención meditadas, porque algo y aun algunos significan.

Y hay todavía quien no reposa, ni sosiega, ni pára un solo momento reclamando noticias más recientes de Lisboa. Pues qué, ¿parece poco esto? ¿Qué más se pretende? ¿O es, por ventura, que todo ha de hacerse de una sola vez? Calma, paciencia, que Zamora no se ganó en una hora, y á fé, á fé, que desde marzo de 1848 hasta el 29 de setiembre de 1868 más de veinte años se han pasado, en cuyo período de tiempo nuestra *augusta soberana* era respetada, querida, idolatrada por todos los españoles, y ni una sola vez se dignaba viajar sin recibir vítores y aplausos de mil súbditos que se desgañaban en honor suyo y corrían detrás de su coche sin que todo ello costase arriba de cuatro reales por barba.

Saldanha, ya lo comprendo, pudo muy bien haber embarcado á S. M.; pero, qué demonio, no había él de hacerlo todo: bastante ha hecho entrando en palacio para que el monarca, después de haber oído silbar las balas, cayese en la cuenta de que el mariscal insurrecto merecía su confianza y no el señor Loulé: y esto era así efectivamente, solo que el rey no lo había reparado; como esos señores tienen tantos asuntos en la cabeza y tantas cosas en qué pensar, nada tiene de extraño que se olviden de cosas por ese estilo; lo que es él, vaya, en quien tiene confianza, y mucha, es en Saldanha, de modo que le basta verle á deshora de la noche para exclamar: «¡Oh, oh! Tú por aquí; pues, hombre, me alegro: precisamente está bulléndome aquí debajo del cráneo la

idea de que serás un gran ministro,» y no se diga, como el *camastron* (Vds. dispensen) de Loulé, que el rey estaba cohibido. ¿Cómo cohibido? ¿Qué es eso de cohibido? ¿Quién cohibe á los reyes como si fueran simples mortales? ¡Oh! No puedo seguir, porque el solo pensamiento de que un pigmeo, un nadie, un súbdito pueda decir de su rey que obra cohibido, exalta mi sensibilidad nerviosa.

En fin, repito que Saldanha ha hecho bastante: hagan el resto los que le sucedan, y así se repartirá el trabajo.

Y eso mismo deberían hacer nuestras Constituyentes, y no que les ha entrado tal afán de ser laboriosas, que después de haber hecho la Constitución, única tarea para que fueron elegidas, empeñanse ahora en excederse en sus trabajos y nombrar rey. Yo comprendo ¿pues no he de comprenderlo? todo lo que hay de seductor en la perspectiva de poder mañana ú otro día decir á los electores: «Vosotros nos nombrásteis para hacer la Constitución y para elaborar las leyes orgánicas, ¿no es esto? Pues bien, nosotros hemos ido mucho más allá; nuestro celo (*point de zèle!*) nos ha impulsado á daros lo que de mí exigisteis, y á proporcionaros un bien con el cual no contábais; es, á saber, un monarca democrático, si así puede decirse.» Lo cual, sin embargo, ofrece dificultades, y no me entrometo ahora á discutir el derecho que el diputado tenga para excederse en sus atribuciones.

Espartero se ha negado, pero condicionalmente: ya sabía yo que nos quedaría, aunque remota, alguna risueña esperanza.

Montpensier no renuncia, porque nadie le ofrece; pero sigue *como antes*, sin pretender la corona. Es cierto que algunos amigos, sin contar con él, por supuesto, se empeñan en elegirle; pero él, completamente ajeno á todos los trabajos que se hacen en favor suyo, asiste tranquilamente á los teatros, pasea, exhibe á uno de sus vástagos, y aseguran que piensa publicar en *La Correspondencia* aquel anuncio de antaño: «Se darán cinco reales diarios á toda persona desarrapada y astrosa que represente el papel de pobre socorrido en la escalera de una casa grande.»

Y es el caso que los representantes del pueblo, con desenfado del mejor gusto, continúan pensando en arreglarse la cosa entre sí, dando por supuesto que lo que hagan ellos bien hecho estará. Suposición modesta en alto grado, si bien no me atreveré yo á decir que sea exacta del todo, ni mucho menos me atrevería á creer que el país la encontrará de su gusto.

A bien que el país poco vale, y tomará lo que le dieran y le vendrá muy ancho; y si no, ahí están los expedicionarios de Logroño—que vuelven á llamarse progresistas á secas—pues esos expedicionarios aseguran que darán la corona á Espartero.

Entre estos y los unionistas, que presentan á Montpensier, no hay más diferencia que lo distinto de las personas: en lo demás, tan dementes parecen los unos como los otros cuando pretenden hacerlo todo sin contar con la huésped.

Qué, ¿tan poco trabajo les parece á Vds. hinchar un

perro? ¿Tarea tan fútil, empresa tan baladí juzgan la de nombrar jefe del Estado?

Por el pronto la solución que más probabilidades tiene es la continuación de la interinidad.

Y cómo si tiene probabilidades; vaya, vean ustedes, ella es mala, convenido; pero bien mirado... tampoco hay otra.

A. Sanchez Perez.

**JOCOSIDADES PARLAMENTARIAS.**

LIX.

El Sr. Romero Giron se muestra activo. No hay como una temporada de oposición para despavilar á los hombres y hacerles andar listos.

No importa que á mí no me parezca oportuna la idea de pedir incidentalmente la abolición de la pena de muerte; no importa que á mí se me figure que tan grave materia debería ser objeto de una proposición solemne: ello lo primero es que haya voluntad de abolirla.

Lo único que pido á quien corresponda, es que si algun día se presenta esa proposición á la Cámara, la vote el Sr. Giron lisa y llanamente, sin atender á oportunidad, ni á consecuencias pasajeras, ni á si ha habido ó no sublevaciones recientes. Se lo agradeceré mucho.

Cuando oigo al Sr. Puig y Llagostera quejarse de la interinidad, me pregunto á mí mismo: ¿qué daño le causará la interinidad al Sr. Puig, ni qué le importará á él, que es indiferente á toda solución política y á todo principio?

Y confieso que no sé darme respuesta alguna satisfactoria.

Esto me intranquiliza un poco; pero se lo pregunto después á él mismo en persona, y cuando veo que tampoco acierta á decirme la causa de su aborrecimiento á la interinidad, entonces vuelvo á tranquilizarme.

El amigo Puig animó un poco la sesión del sábado.

Con aquello de las fracciones que comen y las que no comen, y con lo de que Madrid se mantiene á expensas de las provincias, es verdad que no lograba el objeto que al parecer se proponía con su pregunta; pero en cambio comunicaba algún calor á la Cámara, y es de agradecer el sacrificio de los propios intereses en aras de la amenidad de las sesiones.

Así fué que el Sr. Vallin encontró ya los ánimos bien dispuestos al disparar su máquina infernal contra el ministro de la Gobernación.

Aquellos 19.000 duros, cuyo paradero ignoraba hace algunos días, y que el Sr. Rivero demostró no ser más que 1.300 escudos, no se me habían borrado á mí de la memoria: bajo una apariencia ú otra esperaba yo volverlos á ver, y se me figuró que los veía el sábado último cuando el Sr. Vallin acusaba al ministro de abusar del telégrafo, de no despachar expedientes, de no ser laborioso, de no escribir cartas á los gobernadores, de recibir á las doce á los diputados que se acuestan temprano, y de no conver-

tir en empleados perpétuos á todos los unionistas que, á pretexto del derribo del trono y la dinastía, se habian colado en las oficinas, así como antes se habian colado en ellas á pretexto de amor al trono y á la dinastía.

El Sr. Rivero dijo aquello de «falsedades.»

El Sr. Vallin aquello de «no me lo diría Vd. en otra parte.»

Hubo lo de bajarse al fango para ponerse al nivel del contrario.

Es decir, que fuera del

«diluvio de sombrerazos  
y granizo de cachetes.»

se renovó parlamentariamente la escena de

«Mascarague el de Sevilla,  
Zamborondon el de Yepes.»

Si el paso llega á pasar entre los federales, ¡cuerpo de Lucifer! ¡cómo nos habría puesto la sociedad culta!

A mí me gusta oír al Sr. Romero Robledo, sobre todo desde la oposicion. Y el Sr. Romero Robledo no podría complacerme más si se lo propusiera.

Así deben ser los isabelistas de anteayer, demócratas ayer, montpensieristas hoy y hombres de lo porvenir.

Su defensa del juez de Torrox, sobre todo comentada por *La República Ibérica*, es grata; su oposicion á la libertad en América es bella; su repugnancia al matrimonio civil no deja nada que desear.

Si las cosas no se echan á perder y España vuelve ordenadamente á la senda que gloriosamente recorria desde 1856 á 1868, los hombres del centro de la Cámara recibirán el justo premio debido á sus heroicos esfuerzos.

Y cátese Vd. que mi paisano el Sr. Bové pide al gobierno los 100.000 rs. que debe el Tesoro á la villa de Reus.

En esto el Sr. Rivero estuvo discretísimo.

Ni una palabra dijo de los 100.000 rs. para no affigir á Reus ni al Sr. Bové; antes al contrario, para distraerles con un capítulo de *La ciencia al alcance de todos*, explicó cómo los ayuntamientos no son empresarios ni jefes de talleres.

El Sr. Figuerola no podia negarse á hablar de los 100.000 rs.

Lo comprendo: ya que tan poco dinero toca, y apenas recoge un escudo se lo arrebatan de las manos sus compañeros, á lo ménos séale lícito al ministro hablar cuanto quiera de sumas metálicas, como se permite á los físicos entregarse á proyectos de viajes.

¿Mas por dónde se le ocurre al Sr. Figuerola que precisamente el Sr. Bové es el culpable de los apuros de dinero que pasa Reus?

La regla general del ministro es achacar á las sublevaciones federales la penuria del país; de ese país de seiscientos generales, de monjas por valor de 12.000.000, de ex-claustrados por 11.000.000, de clérigos por 170.000.000, y de no trabajar por un real.

En los casos particulares el ministro echa una mirada á la Cámara y al federal que le cargó más; á aquel le echa la culpa de los ochavos morunos, de los apuros de los municipios y de las ventas de títulos en Francia.

Dias pasados habia sido víctima el Sr. Maissonave; últimamente lo fué el Sr. Bové.

Nunca habia comprendido yo mejor el mérito de aquella célebre fábula de *El lobo y el cordero*.

—Ya me enturbiaste el agua el año pasado.

—¡Si aun no habia yo nacido!

Así el ministro con el diputado.

—S. S. tiene la culpa en la penuria de Reus. ¿Por qué no cobró la capitacion cuando era alcalde?

—¡Si yo no era alcalde entonces; si lo era un monárquico!

Pero esto no vale nada, comparado con lo que dijo al Sr. Romero Robledo en la sesion del lunes.

¿Por qué no ha de querer ser alfonsino S. S.? ¿Qué culpa tiene el chico de los errores de la madre, de las debilidades del padre, de las crueldades del abuelo, de la bajeza del bisabuelo y de los extravíos de la sensibilidad de los bisabuelos?

¿Por qué no ha de declararse aun alfonsino S. S.?

¿No fué borbónica de buena fé la mayoría de la Cámara? ¿No lo es declaradamente á medias el centro de la Cámara? ¿No deplora la revolucion francesa?

¿Qué importa que la revolucion de setiembre diese

el grito de abajo los Borbones? Tambien gritó abajo las quintas y las sustentamos encima, gracias á la prevision de la mayoría.

Yo comprendo los arrebatos del Sr. Figueras y que rechace la injuria de filibustero; las minorías deben poder siquiera patallar á su sabor una vez á la semana; pero ¡enfadarse un unionista porque le llamen alfonsino! Salvo el respeto debido, se me figura que solo puede ser efecto de una alucinacion momentánea.

Piénselo bien el centro de la Cámara. Los derechos individuales no les agradan; la revolucion francesa la abominan; Montpensier, segun todas las probabilidades, no podrá hacernos felices desde el trono; la madre de D. Alfonso está de mal talante; ¿á ver qué inconveniente hay en que el centro de la Cámara se declare alfonsino?

Confieso que no lo veo.

Roberto Robert.

## EL ROMANCE DE UN CANDIDATO RURAL.

Salieron de Madrid cinco individuos con caras progresistas, y emprendieron su marcha hácia Logroño. Dios les señalaba con el dedo el camino, diciéndoles:

—Allá está el papá.

Y llegaron á donde estaba el papá.

Y dijo uno que era poeta:

Aquí un notable patricio  
tranquilamente vejeta (1)

que es como decir: esta tierra produce patatas, pimientos y candidatos.

Y el patricio les dió un abrazo.

La naturaleza se sonrió y dejó caer una lágrima de rocío sobre el sentimentalismo progresista.

El poeta continuó:

Al lado del gran patricio  
noble matrona se sienta,  
y que es la sola que puede  
del gran patricio ser reina.

—¡Ah! ¡Qué hermosura! ¡Huele á tomillo y á romero!

Quando el aura de la tarde  
respiraba esa pareja...

Sigue aumentando el aroma de la poesia rural.

Llegaron los viajeros

que de Logroño salieran.

Abrióles el gran patricio,

que les dió su honrada diestra...

(No es mucho dar á quien siente

del camino las molestias).

Tambien la noble matrona

con sonrisa placentera

á los mensajeros dióles

á estrechar su mano bella,

que aquellos con entusiasmo

una y más veces estrechan.

(Hombre, suelte usted esa mano,

no sea usted calavera).

Al llegar aquí, la comision estornuda, toma aliento y un sopicaldo, y el más orador de ellos dice al duque: que nos hace falta para rey, y que á pesar de haber firmado que no quiere hace cuatro dias, hoy deberá decir lo contrario, aunque no sea más que por obsequio á los adjuntos amigos y modestos servidores, los cuales se contentarian simplemente con ser ministros, sin comerlo ni beberlo, de la futura majestad rural.

Y continúa el verso:

Por padre los españoles

os aclaman y respetan;

porque vos les disteis paz,

de vos libertad esperan.

(¿Libertad? Ya la tenemos,

y no porque él nos la diera,

pues con permiso de ustedes,

la dió aquello de Alcolea:

el pan pan y el vino vino).

En los males que le cercan

sois la esperanza del pueblo,

y el pueblo por la Fombrera

os dará el trono...

—Eso no,

exclamó, que no pudiera

hacer la dicha del pueblo.

—¡Calle, señor, que quien reina

de un pueblo en el corazon,

puede reinar en la tierra!

Vuelta la comision con la seguridad de una negativa, y la esperanza del no nombramiento por las Cortes, se subió á un ómnibus y dijo así:

—Españoles: ¡Viva el duque!

Poco despues cada cual

se retiró á su rincón,

y aquí dió fin la funcion

de ese partido rural.

Luis Rivera.

(1) Los versos que se citan son de un romance de *La Independencia Española*, contando las vicisitudes de los comisionados.

## EL REGRESO.

Cumplióronse las profecías.

La comision progresista nombrada para ir á Logroño á fin de hablar de la mar con el duque de la Victoria, tuvo casi casi tan buena fortuna como César: fué, vió y volvió.

Dichosa ella que no ha sido víctima de ningun engaño: el duque la desengañó con aquella sencillez que por causa de analogía le ha hecho tan popular en España.

Volvió la comision el domingo último, y su regreso dió lugar á que tras largos años se renovasen las fiestas domingueras del partido.

Gran número de patriotas la esperaban al borde de Madrid, y con la curiosidad propia de los que se dedican á las charadas, y poseidos de todos aquellos elementos que, dada una combinacion propicia, constituyen el entusiasmo, rodearon á los viajeros y les pidieron explicaciones.

El Sr. Salmeron, á semejanza de los cuarenta siglos, contempló desde lo alto de un ómnibus á la gente reunida, y sus primeras palabras fueron:

«Señores: no puedo daros grandes detalles.»

La concurrencia se resignó á oír detalles pequeños.

El orador continuó:

«El duque de la Victoria os ama, y os envía un abrazo de corazon á vosotros, á vuestras mujeres y á vuestros hijos.»

Los esposos y padres se enternecieron profundamente; los progresistas solteros miraron tristemente á su alrededor sintiéndose poco abrazados, y comprendieron en un abrir y cerrar de ojos los grandes inconvenientes del celibato.

El Sr. Salmeron proseguía:

«El duque de la Victoria dice y repite que no; pero no importa: hagámoslo una mayoría; convirtámos nuestra opinion en opinion del país, y realizádo esto, el duque de la Victoria será rey. ¡Viva el duque de la Victoria! ¡Viva la soberanía nacional!»

—¡Viva!

La reunion se fué disolviendo, y los esparteristas fueron á pasear sus rostros, lanzando á los transeuntes irradiaciones de júbilo.

Al fin, decian, ya sabemos á qué atenernos. Tenemos el perfecto conocimiento de nuestro estado: ni el duque tiene mayoría, ni quiere ser rey: ningun partido puede alabarse de conocer con tanta exactitud como nosotros la verdad de su situacion.

El duque no quiere: lo dice y lo repite... Pues ¡viva el duque!

La nacion no quiere tampoco... ¡Viva la soberanía nacional!

En esta disposicion de ánimo les llegó la hora.

Quiero decir, la hora de los toros, y por no confundir dos entusiasmos heterogéneos, apartaron de su mente la idea del duque, y se penetraron de las referentes al arte de Pepe Hillo.

Despues de la funcion todos decian unánimes: ¡Qué animada va á estar esta noche la Tertulia! Si la plaza daba tanto gusto de ver, ¡qué será oír á nuestros oradores silogizando sobre el tema: el duque no quiere, la nacion tampoco. ¡Viva el duque y viva la soberanía nacional!

En efecto, la Tertulia estuvo, no animada, pero concurrida.

Al ver tanta gente en aquel sitio, el Sr. Madoz conoció en seguida que no podian ser todos partidarios del duque, y así lo hizo constar acto continuo.

El Sr. Salmeron fué igualmente de parecer que no habia en Madrid tantos esparteristas como individuos se encontraban allí congregados. Despues de lo cual repitió que Espartero no queria ser rey, y que no aceptando la candidatura, cumplia con un deber de conciencia.

Pero allí estaba el presidente de la comision riojana, que añadió:

«Sí, señores, la conciencia se lo veda, así lo ha dicho el duque, cuya palabra es leal y franca; pero en su fisonomía, en sus frases, en su expresion, en aquel no sé qué del morenito, he conocido yo que Espartero será rey... si las Cortes lo eligen.»

Estas últimas palabras fueron un rayo de luz para todas las inteligencias.

Los esparteristas se pusieron meditabundos, y cada cual murmuraba para sí:

—La verdad es que esto no tiene vuelta. ¿Pues hay más que hacerle elegir rey por las Cortes?

El Sr. Salmeron añadió:

—A pesar de aquello de la conciencia, el duque ha dicho que si la nacion, que da y quita los tronos (traduccion libre de Job), le cree necesario y le exige que reine... reinará.

Estas otras palabras fueron otro rayo de luz para los mismos esparteristas.

Han pasado cuatro dias.

Los esparteristas han descansado ya. Su celo no decae, antes, al contrario, se susurra que trabajan ardentemente para proceder al nombramiento de otra comision.

Roberto Robert.



Tan despreciada como está, y sin embargo, cualquiera de estos caballeros la aceptaría.

**BASTA DE TRANSACCIONES.**

Como anunciamos el otro día, nuestro querido amigo y compañero de redacción Sanchez Perez ha dado a luz un folleto con el título que encabeza estas líneas.

Trátase en él de la cuestión surgida entre la prensa y el Directorio con motivo de las declaraciones consabidas.

Llamamos la atención de los republicanos sobre los dos últimos capítulos de este folleto, que insertamos más abajo, por la importancia que tienen para el partido. Mediten sobre esta cuestión capital, y elijan sus representantes para la Asamblea general, que será la encargada de decidir entre las dos tendencias:

«Las verdades han de decirse sin rodeos.

Yo no creo que ser *separatista* sea un crimen; pero aun creyéndolo, declararía que en el partido republicano hay algunos—por fortuna pocos—separatistas.

Sin el valor necesario para arrostrar la impopularidad, callarlo siempre, y solamente en ocasiones dadas y con cautelosa habilidad aventuran una indicación, deslizan una idea favorable á sus propósitos.

Este es el hecho.

Y este hecho es conocido por todos y por todos deplorado; sin embargo, nadie se atreve á exigir acerca de él explicaciones categóricas, como nadie osaba colocarse en contra de las tendencias, más reaccionarias que federales, de esos llamados intransigentes.

Y todo ¿por qué? Por el temor ¡temor ridículo! de que surgieran divisiones en el partido.

Esa debilidad está muy lejos de ser provechosa; antes, por el contrario, puede ser de consecuencias funestas; sin la Declaración de la prensa esa división continuaría latente, pero no dejaría por eso de ser un cáncer del partido, y un peligro, un inmenso peligro para mañana.

A la Declaración de la prensa se deberá un gran bien; el de que los campos queden perfectamente deslindados.

No, no es en los documentos reproducidos donde hemos de buscar esa división; en esos documentos

pueden hallarse diferencias y también pueden hallarse analogías.

La tendencia separatista dibíjase apenas en el brevísimo manifiesto del Directorio: muéstrase algo más clara, aunque se contradice después, en la Declaración de los diputados.

Pues bien, entre esas dos tendencias, esencialmente contradictorias, no hay transacción posible.

Inútilmente se procura por algunos—con intención laudable y rectas miras—llegar á una avenencia: esa avenencia es irrealizable.

No, no es que dude yo de la posibilidad de un acuerdo entre los individuos firmantes de las tres distintas declaraciones: lo que afirmo es que dos tendencias, esencialmente opuestas, cuales son la de quien pretende la desmembración del territorio y la de quien defiende su integridad, son fatal y necesariamente incompatibles.

No busquemos, pues, transacciones tan absurdas como peligrosas. Entre el sí y el no, no cabe arreglo.

Sepa el partido republicano cuáles son las dos tendencias que ya se ven distintamente en nuestro campo: después de saberlo siga el camino que le parezca más conveniente.

Los que opinan como la prensa admiten *la unidad nacional* como un hecho ya realizado: no como una aspiración para lo futuro, sino como una condición presente. Y de este hecho, no caprichoso y efímero, sino necesario y permanente; de este hecho, consagrado ya por las leyes de la naturaleza y de la historia, parten para desarrollar los distintos organismos sociales, dando completa autonomía, dentro de sus órbitas respectivas, al individuo en el municipio, al municipio en la provincia, á la provincia en otra agrupación (de nombre cualquiera, Canton, Estado, etcétera), y á estas grandes agrupaciones dentro del Estado.

Esto es, en resumen, aceptar la unidad como un *bien presente*.

Los que opinan como el Directorio, ó—para ser más exacto—como algún individuo del Directorio, aspiran también á la unidad nacional; pero aspiran á ella como á un bien que ha de realizarse en lo futuro, como aspiran á la federación universal. Pretenden desconocer que esa unidad existe ya, determinada y fija, y quieren que, de los pactos voluntarios entre unas y otras agrupaciones, del convencimiento adquirido por los distintos Estados de que hay armonía entre los intereses de todos y los de

cada uno, resulte al cabo de algún tiempo esa unidad.

Yo soy franco; creo, lo creo de buena fé, que en efecto, de la manera misma que un cuerpo solicitado por la acción de la gravedad tiende constantemente al centro de la tierra, así las diferentes agrupaciones de Estados llegarían en el trascurso de los siglos á constituir esa unidad; pero no comprendo qué buen resultado se prometen los que pretenden retroceder en el camino de la historia, para que, al cabo de una trabajosa y difícil elaboración, lleguen nuestros nietos al mismo punto en que hoy nos hallamos.

¿Existe hoy la nacionalidad española?

Pues si existe, partamos de este hecho universalmente aceptado, reconocido por todos y que, en justicia y en derecho, nadie podría negar, dadas las indisolubles relaciones que la comunidad de intereses, los mútuos servicios han creado entre los españoles todos.

La naturaleza no camina á saltos, sino solamente por gradaciones insensibles; ni en el orden moral, ni el orden físico, se dan en la naturaleza soluciones de continuidad.

Los que, descontentos con las condiciones políticas y sociales en que se encuentra el género humano, anhelan y procuran su mejoramiento, acertadamente obran; pero mucho se equivocan, y muy lastimosamente, cuando niegan el progreso realizado ya, y desconociendo sus efectos, quieren *subvertir todo lo existente* (frase del manifiesto de la Asamblea federal) para volver al origen de todo adelantamiento, y constituir en seguida y de una vez *el Estado perfecto*.

Algo hay en esto—y perdónese me lo vulgar del símil,—algo hay en esto parecido á la demencia del que, después de haber llegado con penosos esfuerzos á la cima de una montaña, descendiera de ella con el único propósito de llegar otra vez al mismo sitio de un solo salto.

Resulta, pues, y en esto es necesario insistir para que el país nos conozca á todos: resulta, pues, que la división no se halla donde los que, juzgando con excesiva precipitación ó con ardor sobrado, creyeron hallarla, sino en la cuestión grave de la integridad del territorio, reconocida por unos y por otros negada.

Hablemos, pues, para entendernos: no temamos la discusion, que de la discusion ningun mal puede resultarnos.

Prescindamos unos y otros de impropiedades que á nada conducen y ningun valor tienen; sepamos á dónde vamos y lo que pretendemos, y sépalo tambien el pais para que comprenda si debe concedernos ó negarnos su apoyo poderoso.

Una Asamblea republicana va á reunirse: defina ella, autorizada por sus electores, tan importante punto del dogma federal.

Definalo sin rodeos, sin ambigüedades, en estilo vulgar, ya que para el vulgo y no para los sábios se escriben esas declaraciones.

La cuestion, reducida á sus últimos y más sencillos términos, es la siguiente:

Admitamos que el triunfo de la república federal es hoy un hecho.

Dada esta premisa, díganos la Asamblea cuál será el procedimiento inmediato de nuestro partido.

Dos se presentan.

Primero, el de los separatistas, que dirian al país:

«Hasta hoy hemos entendido por España el territorio comprendido entre tales y cuáles límites; pero este hecho histórico no se ha realizado por medio del pacto; nosotros, pues, no lo aceptamos, ni vosotros debeis aceptarlo. Ahora bien, municipios, provincias, cantones; pactad entre vosotros, si así lo quereis; no pacteis si no lo teneis por conveniente: estableced relaciones completamente libres y por vosotros definidas entre municipio y municipio; celebrad pactos voluntarios y libres entre provincia y provincia; pactad tambien entre uno y otro Estado, y aquellos de vosotros que quieran formar parte de la nacionalidad española, elijan representantes suyos para el pacto general que ha de resolver los asuntos de interés comun.»

Yo presumo que en el período de tiempo indispensable para realizar ese cambio existiria en Cádiz ó en Barcelona, en Madrid ó en Lugo, una administración general ó cosa así.

Segundo, el de los federales, que dirian al pueblo:

«La unidad nacional consagrada ya por el tiempo y por acontecimientos históricos, cuyas consecuencias son indestructibles, es un hecho que las circunstancias, favorables en esto, nos dan ya realizado. Partiendo, pues, de esta circunstancia, que no debemos rechazar—ya que si no existiera habríamos de aspirar á ella,—andaluces y catalanes, navarros y valencianos, extremeños y aragoneses, pactad entre vosotros como bien os parezca: estableced en vuestras provincias respectivas, en orden á las cuestiones políticas, administrativas y económicas, lo que más conveniente parezca á vuestros intereses; pero elegid representantes vuestros para la Asamblea nacional, que ha de daros una legislación comun que sea simultáneamente expresion de la unidad del Estado, y defensa y garantia de los derechos naturales del individuo, del municipio y de la provincia.»

Tales son las dos tendencias que en el partido existen: dígase ahora si entre una y otra hay transacción posible.

La segunda parte de la unidad.

La primera aspira á la unidad.

La segunda encuentra esa unidad y da á sus partes una organizacion distinta de la que hoy tiene.

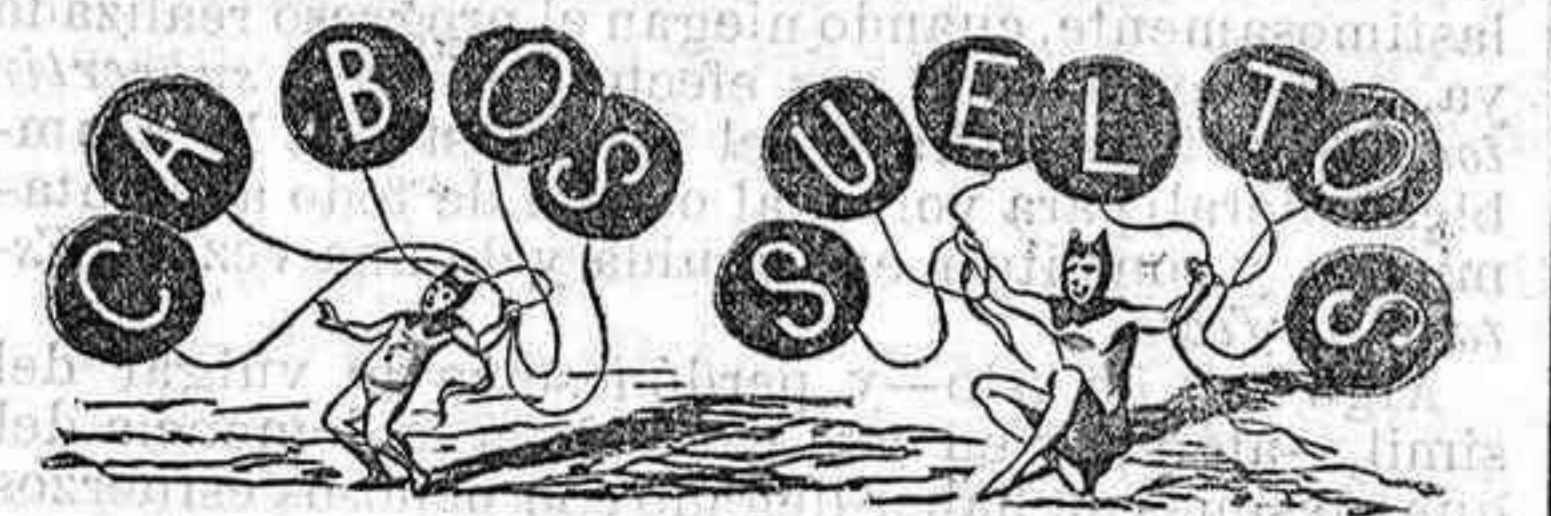
La primera encuentra esa unidad y la destruye, para empezar á formarla nuevamente.

Admito que lo conseguirá; pero hay que admitir tambien que tardará bastante en conseguirlo: esto es, que pasarán muchos años para que los separatistas lleguen al punto de que parten los verdaderos federales.

Mediten eso los republicanos: reflexionen si para sus intereses y, sobre todo, para los intereses más sagrados de la patria, puede ser conveniente ese absurdo científico; pues absurdo es negar los hechos consumados, y pretender que el tiempo detenga su marcha y hasta retroceda.

Pensado esto y meditado, elija sus representantes para esa Asamblea, y sépase de una vez si la mayoría del partido republicano quiere la desmembracion del territorio ó desea su integridad completa.

Si—lo que no temo—la declaracion de la Asamblea es favorable á los separatistas, séalo enhorabuena: marche el partido por donde bien le parezca; yo sé de muchos republicanos que no han de seguirle por tan peligroso camino.»



El duque de Montpensier se refocila con la representación de *La bella Elena*.

Con este motivo le echa un periódico en cara que hace un mes murió su primo D. Enrique.

—¿Ya ha pasado un mes? dirá el duque; pues si me parece que fué ayer. ¡Cómo se pasa el tiempo, hombre!

El diario *El Tiempo* dice que si no cuajan las candidaturas de los duques, *suplicará* la impotencia de la revolucion.

Su título le ha engañado; su título le desengañará.

¡Dios lo quiere! ¡Dios lo quiere!  
Los diputados esparteristas van á promover manifestaciones públicas en favor de su candidato.

Tengo el presentimiento de que ese entusiasmo pasará como el de los sombreros á la chamberga.

Los montpensieristas están á matar con *El Imparcial*.

En verdad que es duro, muy duro, que un periódico monárquico combata con tanta energia á un candidato al trono.

Casi es tan sensible, entre hombres de ley y de razon, como la guerra que *La Política* hizo en su día al duque de Génova.

¡Qué campaña aquella tan gloriosa!  
¡Qué *Política* tan enérgica, tan convencida, tan anti-candidata, tan española pura, tan de rompe y rasga!

Y cuidado que se trataba de un jóven que ni ambicionaba el trono ni habia hecho daño á nadie.

¡Dios eterno! Si se hubiera tratado de otro Montpensier, ¡qué no hubiera dicho *La Política*!

Pues bien, estos hidalgos defensores del candidato francés, se irritan con *El Imparcial*.

Y con razon, mire Vd.; porque ellos pasan porque los republicanos digan esas cosas; pasan tambien porque las digan los monárquicos cuando se trata de Génova; ¿pero de Montpensier? ¿del Sr. de Borbon y Borbon? ¿del esposo de la hermana de su cuñada? ¿del tío del hijo de su madre?

Esto ya es faltar, si señor, es faltar.  
Que ellos inventen todas las calumnias, todas las burlas monárquicas posibles contra un jóven que está en el colegio, es cosa muy conservadora, y muy monárquica, y muy borbónica.

Pero lo que hace *El Imparcial* no tiene ejemplo. Contarnos todas las tonterías que comete el general D. Antonio y las que cometen sus amigos (como si las suyas no fueran bastantes), es cosa que clama al cielo.

*El Imparcial* anda descaminado, porque el candidato francés no es hombre que se dé por vencido.

Ya lo ves, apreciable colega: nadie como él ha sufrido los horrores de la impopularidad y las flechas de la oposicion más compacta que registra nuestra historia.

Nadie como él ha dejado en todas partes pedazos de su corazon, de ese corazon amante que ofreció desde Lisboa á doña Isabel, afirmando bajo palabra de honor que no conspiraba, y que hoy ofrece á la España interina en nombre de sus conspiraciones.

Pues bien, á pesar de estas duras pruebas, el duque de Montpensier, á semejanza de *La Iberia*, se dobla pero no se troncha, y en cuanto se le coloca delante un adversario, ¡cataplum! un tiro.

¡Pobre *Imparcial*, mala suerte te espera!

Ese duque, que mata siendo pretendiente, ¿qué no haria el día que se sentase en el trono, el día que tuviese un ejército valiente como el ejército español para guardarle la espalda, y una policia á la francesa para descubrir ó inventar revolucionarios?

¡Pobre *Imparcial*, ya te veo ensartado y comido por la ambicion más superfiná de esta temporal!

¿Se acuerdan Vds. de la insurreccion republicana de Valencia?

¿Se acuerdan Vds. de su jefe el Sr. Guerrero?

Pues un periódico intransigente de Valencia le llama *soberbio, y héroe por fuerza en acontecimientos que comprometió por su falta de decision.*

Ea, Sr. Guerrero, ya está Vd. tambien excomulgado.

«El mejor espada se retira,» me decian el domingo.

¿El mejor espada? Yo creia que se hablaba de Espartero, y no era sino de Cayetano Sanz.

«El Francés tuvo que retirarse,» leí en *La Correspondencia* del lunes.

¿El Francés?  
Pensé que hablaba de Montpensier y hablaba de otro torero maltrecho.

Señores, yo acabaré por no entender lo que lea ni lo que oiga, si no viene pronto el rey.

¡Perdon, Dios mio, perdon! ¡Soy muy culpable!  
Se anunció un folleto de Llano y Pérsi, y la malignidad me sugirió en seguida este falaz raciocinio:

¿Folleto de progresista? ¡Siempre será un viva al duque!

Me engañé ¡oh júbilo! me engañé.  
El folleto lleva por título *La Literatura*; es tan breve como compendio; trata de lo que el título indica, y al revés de muchas publicaciones, es mejor por el texto que por la cubierta.

¡Oh série de asombros y contradicciones! Pero alegrémonos. El folleto de Llano y Pérsi es breve, es ameno, es discreto y es curioso.

Está escrito por un progresista, y ni una sola vez se habla en él de la espada de Vergara...

¡Esa mano, Manuel, venga esa mano, que la estreche yo con todo mi corazon!

Pero ¿es posible? ¿Con que en el año económico de 1868 á 1869 se han pagado 56.224 escudos solo por concesiones de cruces de Carlos III, Isabel la Católica y Damas nobles?

Pero ¿qué locura es esta, oh Corydones?  
¡Cincuenta y seis mil doscientos veinticuatro escudos gastados en cruces en un año!

¡Y á esto llaman año económico!...  
¡Me estremezco al imaginar un año de despilfarro!

Leo en un periódico ministerial que los Sres. Rive-ro y Sagasta han celebrado una conferencia breve y sin importancia alguna en el ministerio de la Gobernacion.

Cuando yo sea ministerial, jamás confesaré que dos ministros hayan tratado ni sepan tratar de cosas insustanciales.

Un periódico de Barcelona nos habla de ciertas *gracias* ocurridas en un colegio de niñas de Palma. El colegio en cuestion está montado religiosamente (perdon por el galicismo).

Se habla de una señorita que...  
Y de una priora, y de un canónigo...  
Pero dejemos la palabra al periódico:

«Era media noche, y el canónigo se dirigia de puntillas al dormitorio de las niñas.

»La priora tenia celos, y al detenerle se armó una batalla muy parecida á la de D. Quijote contra los pellejos de vino. ¡Válgame san *Juliá*! dijo ella.

»Desde entonces hay sérios disgustos, escándalo, padres ofendidos, escamados, arrepentidos y, ojo alerta; dícese que la priora ha ido al campo y ha entrado otra en su lugar.

»Tratan muchos de educar en su casa á las niñas para no esponerlas á sérios peligros bajo la capa de santidad y religion, que escupen y escarnecen los que dicen la practican.

»Los rumores corren siniestros; ¡el director del *Sagrado corazon de Jesús* con los niños y otros con las niñas...!»

Pues de todo esto debe tener la culpa la pícará interinidad.

Con un buen rey y un buen gobierno de orden se podria evitar... que estas cosas se publicaran.

Porque es lo que yo digo.  
El escándalo no lo dan la priora y el canónigo.  
¡Sino los periódicos, que son hijos de Satanás!

Tengo á la vista el programa de la funcion que la Compañía ecuestre, dirigida por Jhon Wilson, dió el juéves último en Orense.

Entre los ejercicios que anuncia, me encuentro este:

«PRIM  
caballo del país, amaestrado por el director en ocho dias, trabajará en libertad con grandes saltos de barreras.»

Supongo que el mejor salto será aquel que dió desde la abolicion de las quintas á la quinta de 40.000 hombres.

### PASATIEMPO.

Solucion á la Charada del número anterior: *Bisco*.

#### CHARADA.

Es mi primera y segunda sin duda alguna poblado, y mi tercera con cuarta un nombre muy castellano. Si viniese algun monarca, el pueblo republicano le dirá que tome el todo y si no saldrá á escobazos.

(La solucion en el número próximo.)

MADRID: 1870.

IMPRENTA DE R. LABAJOS, CALLE DE LA CABEZA, 27.